

■ ■ ■ El crimen y la violencia: La violencia política

- 1 Por todas las razones anteriormente señaladas, el índice de la violencia criminal está en aumento en el mundo hispano. Sin embargo, es la violencia política lo que ha sido y sigue siendo uno de sus problemas más graves. En algunos casos, como se verá, los mismos factores que han refrenado la violencia criminal han sido la causa principal de la violencia política. Al hablar

de la violencia política, se pueden identificar dos clases específicas: la violencia que caracteriza una guerra o revolución y el terrorismo.

La actividad revolucionaria

Una revolución es una lucha —casi siempre militar— que intenta llevar a cabo cambios radicales y profundos en la estructura del gobierno o de la sociedad de un país determinado. La lucha revolucionaria puede ser «tradicional», o sea, consistente en enfrentamientos a gran escala de tropas de soldados usando armas y métodos ortodoxos y convencionales. O puede ser no regular, es decir, conducida por guerrilleros,* terroristas, escuadrones de la muerte y otros grupos que no se ligan necesariamente ni a gobiernos ni a otras instituciones sociales. La actividad revolucionaria, y especialmente la actividad guerrillera, es común en Hispanoamérica desde hace mucho tiempo. De todas formas, hay que tener en cuenta que las revoluciones propiamente dichas no ocurren con mucha frecuencia. Algunos de los movimientos revolucionarios más importantes del siglo pasado en Hispanoamérica que consiguieron triunfar, no sin evitar a veces una auténtica guerra civil, son la Revolución Mexicana (1910–1920), la Revolución Cubana (1955–1958) y la revolución sandinista que en 1979 acabó con la dictadura de Anastasio Somoza en Nicaragua.

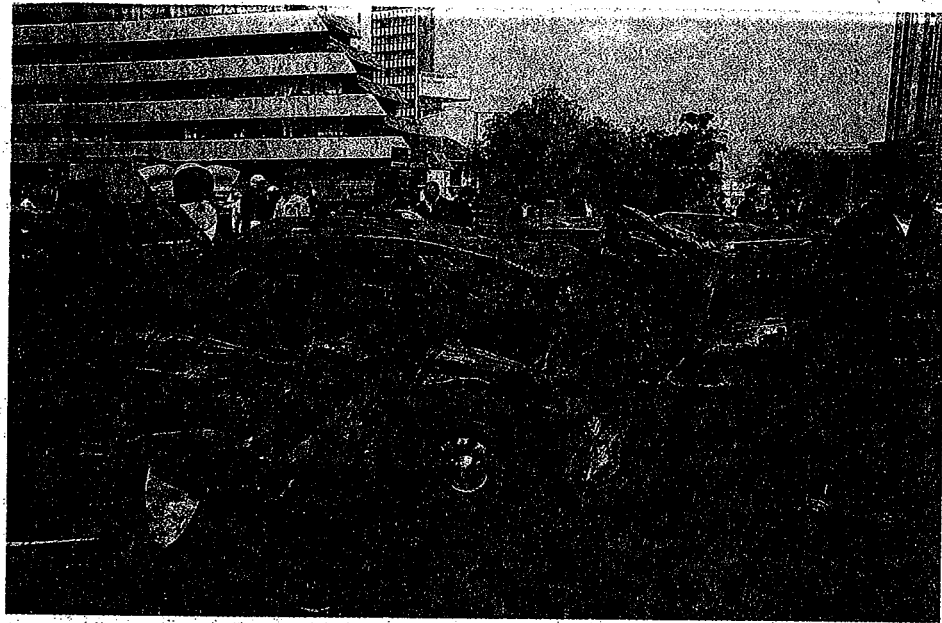
Por lo demás, los cambios de gobierno se han efectuado por medio de elecciones generales o por medio de golpes de estado, en los que un grupo militar toma el poder.

La actividad guerrillera, aunque no siempre ha conducido a verdaderas revoluciones, sí es común en Hispanoamérica. Las razones son muchas y complicadas. La débil e inestable situación económica de los países hispanoamericanos[†] ha creado una frustración crónica y un gran descontento entre los obreros industriales y agrícolas, que se desesperan por no alcanzar nunca un mejor nivel de vida. De hecho, los obreros industriales fueron el principal soporte político que permitió la elección de Salvador Allende —un político izquierdista, dirigente del Frente Popular— como presidente de Chile en 1970. Además, fue este grupo el que sufrió las mayores represalias tras el golpe de estado del general Augusto Pinochet, quien acabó con la democracia chilena en 1973. Los obreros agrícolas también han sido un factor decisivo para la actividad revolucionaria. No se puede olvidar que la Revolución Mexicana fue impulsada en gran parte por el movimiento campesino liderado por Emiliano Zapata. Precisamente el nombre de Zapata ha servido de bandera para el movimiento guerrillero que surgió sorpresivamente en el estado mexicano de Chiapas en las Navidades de 1994. Este grupo revolucionario retomó el lema zapatista de «tierra y libertad» y se levantó en armas contra el gobierno mexicano para combatir la marginación de los campesinos indígenas del sur del país.

Durante la década de los 60, nacieron movimientos revolucionarios en el Perú, Venezuela, Colombia, Bolivia, Guatemala y el Uruguay. Miles de

*El término «guerrilla», el diminutivo de «guerra», se usó por primera vez durante las campañas del duque de Wellington en España (1809–1813), cuando pequeños grupos de insurgentes españoles y portugueses ayudaron a expulsar a las tropas de Napoleón de la Península Ibérica. Sin embargo, en realidad las tácticas guerrilleras son mucho más antiguas. Quizás el origen de su uso en la edad moderna se encuentre en la Revolución Americana, cuando grupos de colonos formaron pequeñas bandas de rífleros (*riflemen*) cuyos métodos no ortodoxos pudieron frustrar el entrenamiento formal superior de los soldados ingleses.

Entre 1993 y 1995 se logró una marcada debilitación de los grandes carteles de drogas. Pablo Escobar, jefe del cartel de Medellín, murió en 1993 y en 1995 el gobierno colombiano arrestó a los líderes del cartel de Cali. Esto frenó en parte el tráfico de drogas, pero el nivel de la violencia terrorista —en especial los secuestros— no disminuyó. Las perspectivas para el futuro todavía son pesimistas.



50 personas murieron en los enfrentamientos entre las fuerzas revolucionarias y las fuerzas del ejército o de la policía. Fracasaron todos estos movimientos, en parte porque nunca lograron movilizar lo suficiente al resto de la población y en parte debido a la masiva reacción represiva de los gobiernos.* Actualmente, la actividad guerrillera izquierdista se concentra en Colombia, el Perú[†] y, como se describirá más adelante, especialmente en Centroamérica.

El terrorismo

55 El terrorismo es el uso sistemático del terror (poner bombas, asesinar, torturar, secuestrar) como manera de alcanzar cierto objetivo político. Los actos terroristas pueden ser cometidos por individuos, grupos e incluso gobiernos.‡

*Esta actividad revolucionaria izquierdista preocupó mucho al gobierno estadounidense, que apoyó enérgicamente su represión. Véase el **Capítulo 7**, «El mundo de los negocios».

†En Colombia el gobierno actual trata de negociar con dos grupos guerrilleros principales: las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) y el ELN (Ejército de Liberación Nacional). En el Perú el Sendero Luminoso (*Shining Path*) es el grupo guerrillero más importante, y el grupo Tupac Amaru capturó la atención mundial en 1996 al apoderarse de la embajada japonesa en Lima durante las últimas semanas de diciembre, tomando más de doscientos rehenes (*hostages*).

‡El terrorismo como concepto abstracto ha sido condenado por todos los países. Más problemática ha sido la manipulación del término por motivos políticos. Ciertos gobiernos que practican actividades terroristas disfrazan sus acciones bajo otros términos: «campana contrarrevolucionaria», «control social», «acción antisubversiva». Del mismo modo muchos gobiernos denominan a ciertos grupos de oposición como «terroristas» para desacreditarlos. Además, si un grupo tiene una causa legítima a los ojos de los demás y está luchando contra una fuerza poderosa, muchas personas se inclinan a perdonar acciones que en otro contexto serían llamadas terroristas.

España sufre desde hace varias décadas los ataques terroristas del grupo vasco ETA.^{*} Esta banda armada lucha de forma violenta por la independencia política del País Vasco, lo cual ha sido un deseo histórico del pueblo vasco. Aunque su lucha por conseguir una serie de derechos por esta zona ha despertado algunas simpatías,[†] hoy, con un régimen democrático y un estatuto de autonomía votado por el pueblo vasco, sus acciones admiten cada vez menos justificación política y reciben cada vez menos aprobación popular.

En Hispanoamérica muchos grupos revolucionarios han usado métodos terroristas, en especial el secuestro y las bombas, esperando demostrar a la población que el gobierno ya no podía mantener el orden establecido ni proteger a los ciudadanos. Durante la década de los 60, por ejemplo, hubo un gran número de secuestros y casos de piratería aérea. Los tupamaros en el Uruguay raptaron a diversos representantes del mundo de los negocios y de la política y exigieron grandes rescates para financiar sus actividades revolucionarias.

Los derechos humanos

Casi todos los regímenes dictatoriales han recurrido al abuso del poder militar para eliminar toda oposición. Este tipo de gobierno valora la estabilidad y seguridad del Estado más que los derechos civiles de los ciudadanos. Hay quienes critican los gobiernos militares precisamente por esta razón; otros dirían que el orden y la paz social proporcionados por los regímenes dictatoriales facilitan las condiciones para el progreso económico. Sin embargo, no hay duda que durante la última década varios gobiernos dictatoriales de Hispanoamérica, particularmente los de Guatemala y El Salvador (como antes los de Chile y la Argentina), lejos de proteger el orden y la paz social ni de acatar las mismas leyes que decían representar, se convirtieron en los peores enemigos de su propio pueblo.

En la Argentina, entre 1976 y 1982, los gobiernos militares llevaron a cabo la llamada «guerra sucia» contra los «elementos subversivos». Desaparecieron hasta 10.000 personas sin que sus parientes ni amistades se enteraran de por qué habían desaparecido, ni adónde habían sido llevados. Ni siquiera sabían si seguían vivos.

Lo que más atrajo la atención mundial a la situación argentina fue la campaña de las llamadas «Madres de Plaza de Mayo», un grupo de madres que cada semana se reunía, y todavía se reúne, para pasar en silencio frente a la casa de gobierno para pedir la devolución de sus hijos desaparecidos. En 1983 en la Argentina se volvió a instaurar un gobierno civil y una de las primeras promesas del nuevo presidente Raúl Alfonsín fue de investigar los casos de los desaparecidos y castigar a los culpables. Nombró un tribunal a fin de iniciar el procedimiento contra las tres juntas militares que gobernaron el país entre 1976 y 1983. El tribunal procesó a nueve

^{*}Siglas del lema político *Euskadi ta Azkatasuna* (País Vasco y Libertad)

[†]El pueblo vasco fue víctima de un tratamiento brutal durante la Guerra Civil española a manos de las tropas del general Franco. El episodio más conocido es el bombardeo de Guernica, un pueblo vasco indefenso. Ese ataque aéreo fue obra de aviones nazis por orden de Franco. Esto, seguido de las restricciones severas impuestas al pueblo vasco durante el régimen franquista, permitió que muchos españoles, e incluso algunos observadores internacionales, miraran con cierta simpatía la reacción violenta de la ETA.



La lucha constante de las Madres de Plaza de Mayo contra la violencia y el abuso de los derechos humanos ha llamado la atención mundial. Estas mujeres organizan grandes manifestaciones pacíficas para que el gobierno argentino responda por los miles y miles de individuos «desaparecidos» durante la «guerra sucia».

líderes militares, entre ellos a tres ex presidentes, y escuchó en un juicio oral y público el testimonio de más de 1.000 testigos. La sentencia, pronunciada en 1985, de cinco condenas y cuatro absoluciones, dejó insatisfechos a muchos. Sin embargo, poquísimas veces en la historia ha sucedido que un gobierno civil haya responsabilizado legalmente a un gobierno militar por actos violentos, y el hecho de que esto haya ocurrido es enormemente esperanzador.*

En Chile, el general Augusto Pinochet llegó al poder en 1973 a través de un sangriento golpe de estado. Desde ese año y hasta 1989, año en que volvieron a celebrarse elecciones libres, Pinochet se mantuvo en el poder ejerciendo una política represiva y terrorista. Se calcula que unas 1.000 personas fueron ejecutadas por tener ideas políticas contrarias al régimen y que otros 1.000 detenidos «desaparecieron». Se desconoce el número total de desaparecidos, pero sí se ha podido demostrar el uso repetido de la tortura física y psicológica. Después de su elección en 1989, el presidente Patricio Aylwin estableció una comisión para examinar las evidencias más claras de violación de derechos humanos en el país durante la dictadura.

*En 1990 el presidente argentino Carlos Menem concedió el indulto (*pardon*) a los militares que cumplían sentencia. La medida suscitó una gran controversia.

115 Esta comisión ya publicó su informe (el informe Retting), pero los más de 200 implicados en crímenes políticos todavía no han sido sometidos a juicio.

En Centroamérica la situación fue aun más trágica, ya que allí durante las últimas décadas del siglo XX las circunstancias combinaron una casi constante violencia guerrillera con el terrorismo. Tanto los movimientos de la izquierda y los de la derecha como las fuerzas del gobierno y de la oposición no dudaron en recurrir a los llamados «escuadrones de la muerte» que tanta desolación y sufrimiento dejaron a su paso. Lo más estremecedor fue que las víctimas en todas estas confrontaciones, como en casi todas las otras de tipo guerrillero y terrorista, en su gran mayoría fueran civiles.*

En El Salvador, donde se vivió en estado de guerra civil desde 1979 hasta 1992, se estima que el número de muertos constituyó entre el 10 y el 20 por ciento de la población. En Guatemala, un país con una población de menos de 9 millones de personas, murieron más de 38.000 en las luchas del gobierno militar contra los indígenas y otros grupos izquierdistas. La historia de Nicaragua a finales del siglo XX no fue más pacífica. Después de una sangrienta guerra civil, las fuerzas guerrilleras sandinistas acabaron con la dictadura de Anastasio Somoza en 1979. Casi inmediatamente comenzó otra guerra entre el nuevo gobierno y «los contra» (miembros de la Fuerza Democrática Nicaragüense). En las elecciones de 1990, Violeta Barrios de Chamorro venció mayoritariamente al frente sandinista y también consiguió la desmovilización de «los contra». Entre 1990 y 1996, Nicaragua empezó a recuperar políticamente bajo la democracia lo que había perdido durante los excesos de dos dictaduras: más respeto por los derechos humanos y otros principios democráticos como la libertad de prensa. Desgraciadamente, la situación económica del país empeoró gravemente durante ese mismo período. A finales de 1996, la mayoría del pueblo nicaragüense escogió a Arnaldo Alemán, antiguo alcalde de Managua, como el nuevo presidente; uno de los candidatos vencidos en las elecciones fue Daniel Ortega, antiguo presidente del gobierno sandinista.

Conclusión

El mundo hispano, como se acaba de ver, no es ajeno a la violencia ni a los delitos. Además, conviene recordar que la creciente actividad guerrillera y terrorista en Hispanoamérica no es más que una parte de una onda mundial de violencia. La presión demográfica y las crisis económicas y sociales, combinadas con la desesperación y el deterioro de viejas instituciones y estructuras, han hecho que se considere legítima la violencia como manera de conseguir cualquier fin.

*Las confrontaciones de tipo «no regular» siempre afectan a los civiles mucho más que la guerra tradicional. Se estima que el 17 por ciento de las bajas (*casualties*) durante la Primera Guerra Mundial fue civil; en la Segunda Guerra Mundial, el 45 por ciento; en las Guerras de Corea y Vietnam, el 70 por ciento. Otro efecto devastador de la lucha no regular es el desplazamiento humano. En 1989 había más de 15 millones de refugiados en el mundo; siete años después, en 1996, el número aproximado de desplazados mundialmente había ascendido a 50 millones de personas.

En palabras del periodista y novelista argentino Tomás Eloy Martínez: «Después de las atrocidades de las dictaduras, nuevas formas de miedo, de inseguridad y de humillación humana se han instalado en América Latina. Y como en aquellos tiempos ominosos, la barbarie del ojo por ojo y del terror oficial como sanción contra el terror marginal, son las únicas e indignantes salidas que se proponen. A los hombres les cuesta aprender de su pasado. Tal vez por eso se pierden con frecuencia en los laberintos del futuro.»